

LA PINTURA DEL SIGLO XX EN LAS ISLAS FILIPINAS

1. ASCENSION A LA LIBERTAD

En 1898 los Estados Unidos realizaron una agresión armada contra España e invadieron las provincias ultramarinas españolas de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam. Como consecuencia de dicha agresión, los Estados Unidos impusieron a España en el Tratado de París, firmado el día 10 de diciembre del citado año, la cesión a la potencia invasora de las islas Filipinas, así como la de la también asiática Guam y la de la hispanoamericana de Puerto Rico. Ello liquidó la presencia cuatro veces centenaria de España en Asia. El archipiélago filipino, cuya religión era la católica y cuyos idiomas predominantes eran el español y el tagalo, dejó de ser una provincia ultramarina de España y se convirtió en colonia de los Estados Unidos. Las promesas de independencia no se cumplieron y el entrañable archipiélago tuvo que esperar hasta la terminación de la segunda guerra mundial para conseguirla. El general Aguinaldo dirigió, tras el tratado de París, la lucha armada contra los Estados Unidos, pero su heroica actitud no pudo evitar lo inevitable. En 1901 cayó prisionero. Dos años después, tras cinco de guerra sin cuartel, los Estados Unidos decidieron considerar como definitivamente pacificado el país.

Ya desde antes de que terminase la resistencia armada de los filipinos, habían comenzado los Estados Unidos su política de deshispanización de las islas. El general Arthur Mac Arthur, que, en calidad de gobernador militar impuesto por la potencia colonizadora, había asumido el poder ejecutivo y parte del legislativo, importó el primer equipo de seiscientos profesores encargados de impartir en inglés sus enseñanzas y de desterrar el idioma español. En oleadas sucesivas llegaron nuevos profesores y todas las clases se dieron en la enseñanza primaria, media y universitaria en un idioma extranjero. La secular Universidad de Santo Tomás, que no era estatal, mantuvo su

viejo idioma, pero poco podía hacer ella sola frente a la coerción oficial. El resultado fue que hoy el pueblo sigue hablando en gran parte en tagalo o en otros idiomas prehispánicos, pero que la burguesía, aunque el español no haya desaparecido por completo, se expresa predominantemente en inglés. La religión católica no se ha perdido, en cambio, y sigue siendo—exceptuada la pequeña minoría musulmana—la de la casi totalidad de la población.

La ocupación norteamericana fue, en líneas generales, beneficiosa desde el punto de vista económico y el de la salud pública, nula en el artístico y más bien alienante en los restantes aspectos de la vida cultural. William Taft fue nombrado por el presidente norteamericano Mac Kinley presidente de la comisión legislativa, que compartía con Mac Arthur el poder en las islas. Luchó con eficacia contra las epidemias, reconstruyó los puentes y carreteras arrasados durante la guerra y reorganizó los cultivos. Hubo un incremento perceptible del nivel de vida, pero también un drenaje de parte de la riqueza, que comenzó a ser selectivamente acaparada por las abundantes empresas industriales y comerciales norteamericanas, que se apoderaron de buena parte de los mercados. La gradación de los ingresos siguió siendo, a causa de ello, poco satisfactoria. Hubo, de todos modos, un incremento en los correspondientes a la burguesía media, lo que constituyó una base inicial de estabilidad.

La primera guerra mundial frenó el plan de desarrollo económico que se había iniciado en 1913. Hubo entonces diez años difíciles, pero a partir de 1923 la actividad entusiasta del gobernador general norteamericano, Frank Murphy, originó una época de auge económico que resistió a la gran depresión, y a la que puso fin en 1942 la ocupación japonesa.

Cuando en 1945 fueron arrojados los nuevos invasores, las Filipinas eran desde hacía ya un año una nación teóricamente independiente. Los norteamericanos le habían reconocido al archipiélago el derecho a la libertad; pero los japoneses habían asesinado a varios millares de patriotas, arrasado el país y destruido casi enteramente Manila antes de abandonarla. El hambre era aterradora y las epidemias asolaban a las masas famélicas. El nuevo Gobierno, aunque las islas siguiesen bajo control económico de los Estados Unidos (especialmente la moneda y las exportaciones), inició con acierto la reconstrucción de su patria y recogió los primeros óptimos frutos a partir de 1950. Ello repercutió de manera muy perceptible en la totalidad de la vida cultural, y muy especialmente en la artística.

A partir de 1958, tras haber crecido grandemente la producción

agrícola y las exportaciones, dejaron las Filipinas de ser deficitarias en su balanza de pagos, y ello afianzó el auge relativo iniciado ocho años antes. En la actualidad el progreso del país es evidente en todos los órdenes y el desarrollo cultural no sólo se halla a la altura del económico, sino que lo supera posiblemente.

2. ASUNCION DE LA ACTUALIDAD Y ARTE DE SINTESIS

Las islas Filipinas poseían en el momento de la ocupación norteamericana una encomiable tradición artística, pero ésta era mucho más perceptible en arquitectura y escultura—especialmente en la imaginería en madera y en marfil—que en pintura. Había, no obstante, una característica en toda aquella producción que es peculiar de las Filipinas y en la que este país constituye una excepción única en el mundo: la creación de un verdadero arte de síntesis, en el que confluyeron inextricablemente fundidas en una nueva unidad de expresión las concepciones del mundo, el espacio y la forma vigentes en las culturas occidental y extremoriental. En dicho aspecto de síntesis espontánea y no de mezcla a la moda artificioosamente construida sin verdaderas raíces dobles, nada tiene que envidiar el arte filipino de las cuatro últimas centurias al de Gándara o al de los mejores momentos virreinales de Méjico, Ecuador o Perú. El gran pintor español Fernando Zóbel de Ayala, nacido en Manila y residente durante largos años en las islas, en donde fue profesor universitario, estudió detalladamente este arte de confluencia en su libro *Philippine Religious Imagery*, en el que, de acuerdo con la concisa descripción de Enrique Marco Dorta, demuestra cómo «españoles, sangleyes y tagalos crearon un estilo propiamente filipino, con influencias de la metrópoli, de China y quizá de América, pero que es diferente y ofrece características propias y que, en su mayor parte, es obra anónima».

La pintura—de menor calidad que los marfiles y demás imaginería religiosa—había estado también muy influida por España y por Méjico y disfrutó de la clásica clientela de conventos e iglesias, pero son muy pocos los cuadros realizados con anterioridad al siglo XIX. En esta última centuria se crearon las primeras escuelas de Bellas Artes e inició el gobierno español una política coherente de becas y apoyos oficiales. El pintor Damián Domingo creó, hacia 1815, en Manila, una academia de enseñanzas artísticas, seguida, en 1824, por la que la Sociedad Económica de Amigos del País fundó para el estudio del dibujo. En 1846 organizó el gobierno español la pri-

mera Escuela oficial de Bellas Artes a la manera peninsular. La dirigió Agustín Sáez y se impartieron a partir de entonces en ella las habituales enseñanzas de pintura, escultura, dibujo y grabado. Los mejores alumnos de la escuela eran becados por el gobierno español para que ampliaran sus estudios en Madrid, Roma o París. Fruto de esta acertada política fue el nacimiento de una auténtica escuela filipina de pintura, muy tradicional, pero con calidad indudable.

Los dos pintores más destacados de este período auroral fueron Félix Resurrección Hidalgo (Manila, 1853-Barcelona, 1913) y Juan Luna y Novicio (1857-1899). Hidalgo inició sus estudios en Manila con Agustín Sáez y los amplió con una beca de estudios en Madrid. Sus superficies poseían una extremada calidad, servida por una factura de inspiración leonardesca y parecían sumidas en una ambientación de pureza intemporal. Tras la consolidación de la ocupación norteamericana se vino por segunda vez a España y se estableció en Barcelona, en donde falleció tras haber cosechado notables éxitos. Luna alcanzó en vida notoria fama como pintor de historia y obtuvo, igual que Hidalgo, los máximos galardones oficiales en las exposiciones nacionales españolas. A pesar de estos triunfos y de su empaque y maestría compositiva en los lienzos de gran formato, su mayor importancia radica hoy, una vez que puede enjuiciarse con suficiente perspectiva su obra, en sus paisajes, sabrosamente libres, y en sus retratos, con sencillo verismo y capacidad de penetración psicológica.

Tras la ocupación norteamericana siguió la pintura durante treinta años justos encerrada en sus cauces tradicionales. El maestro más representativo fue durante estas tres décadas Fernando Amorsolo, un posimpresionista de temperamento romántico y calidad encomiable. Se le llamó algunas veces el Sorolla filipino, pero no cabe desconocer en sus mejores lienzos la influencia de Velázquez, en el orden compositivo, y la de los impresionistas franceses, en el de la factura. Su paleta, rica en carmines y luminosidades cernidas, con efectos contrastantes de luces y sombras, alcanzaba sus más altos registros en sus gozosas escenas de trabajos campesinos y en sus jugosos paisajes.

El primer aldabonazo en defensa de la modernidad se debió al pintor Victorio Edades y data de 1928, en pleno auge y facundia de los posimpresionistas al uso, pero tardaría todavía más de dos decenios en consolidarse. El público y la casi totalidad de la crítica aceptaban con extremada dificultad el arte nuevo. La batalla fue dura, por tanto. La proeza de Edades —cuya obra recordaremos en el apar-